

Paul Bowman

Repensando la clase: de la recomposición al contrapoder

Versión original en inglés en **Workers Solidarity Movement (Ireland)**

www.wsm.ie/c/class-recomposition-counterpower

Una versión abreviada de este artículo apareció en **Irish Anarchist Review**, otoño 2012

Si tuviéramos que presentar las componentes irreducibles del programa anarquista a comienzos del siglo XXI, habría que incluir al menos cuatro: democracia directa, acción directa, recomposición y comunismo integral. La mayoría de los lectores habrán oído hablar al menos de las dos primeras componentes e incluso de la cuarta, aunque de esta última haya sido, inmerecidamente, más como fenómeno humorístico de Internet que como objetivo viable. Sin embargo, este artículo está dedicado a la tercera componente, la recomposición, menos conocida, y en particular a la categoría que le da vida: la clase.

Contra el universalismo, contra el utopismo

El término *clase* divide a las personas en dos bandos. En uno, se ratifica su validez con intensidad casi mística. En el otro, mucho más extenso, hay indecisos pero abundan más quienes rechazan el término y el fervor aparentemente religioso con el que lo usa la pequeña minoría integrante del primer bando.

Tomando esto en cuenta, la pregunta más obvia es ¿el concepto de *clase* es aún una idea útil? ¿Es todavía eficaz incluirle en nuestro análisis o deberíamos prescindir de ese concepto y utilizar simplemente indicadores econométricos de desigualdad?

Actualmente, algunos libros, como “*The Spirit Level: Why Equality is Better for Everyone*” [Richard Wilkinson, Kate Pickett, Penguin Books Limited, 2010; reseñado en *Irish Anarchist Review* n° 2 por Gavin Gleason, bit.ly/Qazi4Y], tratan de remoldear los viejos discursos del socialismo contra la pobreza y la injusticia de clase, apelando a la racionalidad universal. La desigualdad, dicen, conduce a peores resultados sociales, medibles en diversos ámbitos. Los gráficos y las estadísticas que muestran deberían convencer de la sensatez y de la “racionalidad” de las políticas más igualitarias a cualquier supuesto ingeniero social con un interés científicamente neutral en cuanto a las políticas sociales más capaces de maximizar la utilidad social.

Del mismo modo, fuentes tan diversas como la revista de divulgación científica *New Scientist* publicaron informes especiales [bit.ly/MO7Itx] sobre las malas consecuencias, científicamente medibles, de la desigualdad. Esas fuentes fueron inspiradas por el éxito de *Occupy Wall Street* al colocar en la agenda social la idea del “1% contra el 99%”, de la que quizá el *Workers Solidarity Movement* deba asumir algún mérito o culpa, dada nuestra implicación en la creación de la red “1% Network” en 2010, un año antes de que *Occupy Wall Street* difundiese ese *meme* en la mediaesfera global. Organizaciones como *Think tank for Action on Social Change* [www.tascnet.ie] publican periódicamente datos sobre la desigualdad en Irlanda.

¿Qué utilidad adicional tiene el concepto de clase? ¿De qué manera ese concepto puede eludir el callejón sin salida del programa “racionalista”? En pocas palabras, puede hacerlo si se rechaza la presunción tácita subyacente de dicho programa (el universalismo) y su falaz moralismo.

Un análisis de clase considera que el *statu quo* no es contrario a los intereses de todos. Si es así, cualquier intento de construir un programa de cambio social radical en nombre del “interés general” está condenado al fracaso, porque no puede haber intereses universales ya que los intereses de una minoría se resisten al cambio. De hecho, una de las cosas más importantes a cambiar es la capacidad misma de una pequeña minoría para imponer sus intereses sobre los de la gran mayoría.

Pero una perspectiva de clase no es simplemente el fundamento de una crítica de lo existente y un análisis de lo que hay que cambiar, sino que también implica una estrategia sobre cómo llevar a cabo ese cambio. Una perspectiva de clase rechaza estratégicamente el programa “racionalista” como una utopía.

¿Qué significa decir que un programa para el cambio social es utópico? En primera instancia, significa que el programa no tiene una estrategia clara sobre cómo lograr

el cambio, más allá de la vaga idea de que si se convence a la gente de que ese programa es deseable entonces de alguna manera se llevará a cabo a través del peso numérico y la fuerza de la opinión pública.

De forma más profunda, los programas utópicos se diferencian de los instrumentales y prefigurativos en cuanto a la relación entre medios y fines.

Para empezar con el caso más conocido, el instrumentalismo es la posición de que “el fin justifica los medios”: si alcanzar el objetivo o la meta aumentase significativamente el bienestar social, cualquier aprensión hacia el uso de métodos engañosos, manipuladores o manifiestamente injustos para lograrlo sería un caso perdido de escrúpulos o “moralidad burguesa”. En otras palabras, para los instrumentalistas hay una total desconexión entre medios y fines.

El enfoque prefigurativo sostiene, por el contrario, que existe un vínculo intrínseco entre medios y fines. Por ejemplo, si se se usan tribunales “farsa” o ejecuciones para librar a la sociedad de un verdadero malhechor, la utilización de métodos impropios sienta las bases para injusticias futuras. En la perspectiva prefigurativa los medios utilizados para lograr un objetivo dejan su marca necesariamente en el resultado final. Por ejemplo, la famosa Circular de Sonvilier emitida a todas las secciones de la Primera Internacional por la Federación del Jura en 1871, declaró que...

“La sociedad futura no tiene que ser otra cosa que la universalización de la organización que la misma Internacional ha formado. En consecuencia, debemos luchar por hacer que nuestra organización se acerque lo más posible a nuestro ideal.

¿Cómo se puede esperar que una sociedad equitativa emerja de una organización autoritaria? Es imposible. La Internacional, embrión de la futura sociedad, de ahora en adelante debe reflejar fielmente nuestros principios de federación y libertad y debe rechazar cualquier

principio que tienda a la autoridad y la dictadura” [en James Guillaume, “Bakunin, apuntes biográficos”, bit.ly/Tc2h5R].

Sin embargo, reconociendo la relación entre los medios empleados y los objetivos a lograr, como hace la prefiguración, no deben confundirse los medios y los fines. Este error, la confusión entre medios y fines, es el punto de partida del utopismo. Desde el punto de vista utópico el fin y los medios son simplemente la misma cosa. Si deseas cambiar las relaciones sociales lo único que tendrías que hacer es comenzar a poner en práctica entre un grupo de personas bien intencionadas las nuevas relaciones, difundiendo su adopción a través del poder del ejemplo, la educación y la propaganda, etc. Esta perspectiva confunde erróneamente las relaciones interpersonales, que pueden, con esfuerzo y lucha, ser modificadas por las acciones voluntarias de unas pocas personas, con las relaciones sociales, que no pueden cambiarse así.

Tomemos otro ejemplo histórico. Robert Owen, en su “Llamamiento a las clases trabajadoras” de 1819, afirmó que, dado que la nueva sociedad (comunista) mejoraría las condiciones de todos sus miembros, no habría ningún conflicto fundamental entre clases que evite su realización. Por tanto Owen es generalmente clasificado como un socialista utópico, no sólo por marxistas.

A pesar de la clara diferencia entre los enfoques prefigurativos y utópicos, siguen siendo confundidos actualmente. En parte, esto se debe a una acción deliberada por parte de los instrumentalistas, los leninistas y otros marxistas y socialistas autoritarios hostiles por principio a la prefiguración. Pero, en parte, es una verdadera confusión en la que caen aquellos que, por ingenuidad o falta de capacidad crítica, leen demasiado literalmente la Circular de Sonvilier sobre la Internacional como embrión de la nueva sociedad que crece en el seno de la vieja.

Así pues, en lo que se refiere a la clase este problema tiene un importante signifi-

cado. Si aspiramos a una sociedad sin clases, no se puede actuar como si las clases no existiesen. Esta confusión entre medios y fines sería irremediabilmente utópica y pasaría por alto el hecho de que la clase no es simplemente un fenómeno subjetivo, sino que tiene una base material objetiva que persiste independientemente de que se crea o no en ella.

Más nuevo de lo que piensas

Aunque es bien conocido el comienzo del Manifiesto Comunista (1848) de Marx y Engels, “toda la historia es la historia de la lucha de clases”, históricamente el uso del término “clase” para hablar de distintas franjas de la sociedad sólo entra en el uso común en la época del auge del capitalismo.

Lo que da relevancia a la clase es nuestra condición de ciudadanos libres en un doble sentido. Cuando la sociedad estaba políticamente constituida por la división formal de sus miembros en estratos u órdenes, entonces las opresiones e injusticias relacionadas con la casta, estado o rango eran el foco natural de la lucha de los pueblos por la libertad. Para los esclavos la lucha por la libertad era la lucha contra la esclavitud, para los siervos era la lucha contra la servidumbre, para los intocables era la lucha contra el sistema de castas. Sólo con la constitución formal de una sociedad en la que todos sus miembros son jurídicamente iguales, formalmente libres, el problema de clase pasa a primer plano.

La clase es un resultado de nuestra paradójica situación: legalmente libres en la esfera política y, al mismo tiempo, no-libres en la esfera económica. Esto es algo peculiar del único conjunto histórico de relaciones sociales que efectúa una separación relativa entre las esferas de lo político y lo económico, basada en la separación del productor y de los medios de producción, lo que permite que esta paradójica situación esquizoide exista.

En las sociedades feudales y absolutistas que precedieron al capitalismo era habi-

tual hablar de determinados sectores de la sociedad citándoles bien por su nombre (lord, campesino, clérigo) o bien haciendo referencia a la jerarquía formalmente definida en la sociedad, el orden superior y el orden inferior. Con el desmantelamiento progresivo de los rangos formales, la referencia al “orden inferior” fue reemplazada cada vez más por referencias a las “clases inferiores”. Este desplazamiento desde los órdenes a las clases reflejaba que la posición social ya no estaba explícitamente dictada por el poder soberano, pero que la desigualdad persistía.

A finales del siglo XIX, el uso de “clases” era universal en el habla ordinaria. La idea de que “clase” es una invención del socialismo o de la izquierda es un disparate histórico. Sin embargo, la transición de “clases”, en el sentido de las clases más bajas, más pobres, “peligrosas” o trabajadoras, a la noción de una “clase obrera”, en singular, fue resultado de la evolución histórica de un poder de la clase obrera antagónico a los intereses dominantes sobre la sociedad.

Ni arriba ni abajo

Por supuesto, no tendría sentido saltar a la conclusión del artículo nada más iniciarle, pero antes de seguir con la argumentación puede ser útil adelantar algo. Aunque pueda parecer un truco, tal vez lo más útil en esta etapa sea concentrarse en definiciones negativas, es decir, en lo que *clase* no es.

No hay arriba y abajo en el concepto de clase. La clase capitalista no está más cerca de dios en las alturas ni el proletariado más cerca del diablo en las profundidades, por muy infernal que nuestra vida pueda llegar a ser a veces. Aunque persista en nuestro lenguaje (y en el de los sociólogos), no hay base alguna para la metáfora vertical, heredada de la pirámide social feudal. La clase no es un estrato ni ninguna otra formación “geológica”. Tampoco es una identidad o una agrupación cultural. De hecho, no es una “cosa” en absoluto. Tampoco es una

unidad de acción o una unidad de intereses, aunque puedan construirse tomando la clase como base. No puede reducirse a tal o cual categoría exclusivamente objetiva o exclusivamente subjetiva.

Además, lo que me interesa en este artículo no es la “clase” como concepto trans-histórico, sino como concepto históricamente específico del capitalismo. Partiendo de ahí, podemos decir que la determinación objetiva de clase se refiere a la situación de las personas en relación con el proceso de explotación, esto es, con la autovalorización del capital a través de la acumulación de plusvalor. Por autovalorización entendemos no sólo la expansión de valor del capital, sino también el más amplio efecto por el que los valores culturales del capital se convierten en los de la sociedad en su conjunto, a través de la consagración del “crecimiento” como bien social indiscutible. Además, dado que una, si no la única, característica específica de las relaciones sociales capitalistas es la separación relativa del poder en dos esferas distintas, la del poder político y económico, es decir, la autonomización relativa de las relaciones de dominación y explotación, la clase pertenece específicamente al ámbito de la explotación, que es diferente al ámbito de la dominación, como veremos más adelante. Lo que no quiere decir que las relaciones de clase se limiten sólo a la lucha laboral en torno a los salarios entre empleados y empleadores.

El centro insostenible

Respecto a esto, un documento reciente de la Federación Anarquista de Río de Janeiro (FARJ) dice lo siguiente:

“Dentro de nuestra visión del anarquismo social, como ‘una herramienta fundamental para el apoyo a las luchas cotidianas’, también es necesario aclarar la definición de clase. Aunque consideramos que la lucha de clases es hoy central y absolutamente relevante en la sociedad, entendemos que los marxistas, al elegir al obrero

fabril como sujeto único e histórico de la revolución, desprecian a todas las demás categorías de las clases explotadas, que también son sujetos potencialmente revolucionarios. Las concepciones de los autoritarios sobre la clase obrera, que se limitan a los trabajadores industriales, no abarcan toda la realidad de las relaciones de dominación y explotación que se han producido a lo largo de la historia ni tampoco todas las relaciones que se dan en esta sociedad. Tampoco abarcan una identificación completa de los sujetos revolucionarios del pasado y del presente [...] Los autoritarios, incluyendo algunos que se autodenominan anarquistas, consideran que el centro es un medio y orientan su política hacia él. Para ellos, el centro, sea Estado, partido, ejército o cualquier posición de control, es un instrumento para la emancipación de la sociedad, y 'la revolución significa en primer lugar la captura del centro y de su estructura de poder, o la creación de un nuevo centro'. El propio concepto de clase de los autoritarios se basa en el centro, al definir al proletariado industrial como sujeto histórico [...] y excluir y marginar a otras categorías de las clases explotadas que están en la periferia, como, por ejemplo, el campesinado".

[www.anarkismo.net/article/10805]

A continuación, enumeran ejemplos de diferentes franjas sociales explotadas, desposeídas o excluidas de alguna manera por el capital en Brasil, incluyendo no sólo al proletariado asalariado industrial, sino también al precariado informal, a los desempleados de las favelas y a la población indígena de la Amazonía, que lucha por evitar el despojo y la extinción a manos de madereros y hacendados.

Sin opinar ahora sobre la validez del modelo centro-periferia que la FARJ adopta en este texto de 2008, queremos llamar la atención sobre su crítica de la "tradicional"

u "ortodoxa" conceptualización marxista de la clase obrera: si la clase obrera puede ser representada por la central "figura de clase" del obrero asalariado industrial, que en su persona, muy especialmente en la del obrero varón, no sólo representaría la "vanguardia" o eje del proletariado y su franja supuestamente más poderosa, sino que podría sustituir incluso al resto de la clase, entonces sus intereses también podrán sustituir a los intereses de los elementos menos "centrales" de los desposeídos. Es obvio el claro paralelismo entre este "sustitucionismo de clase" y el sustitucionismo leninista del partido de vanguardia o de la representación electoral del partido marxista socialdemócrata.

Operaísmo y composición de clase

En en el periodo subsiguiente a la Segunda Guerra Mundial, el Partido Comunista Italiano (PCI) y el más pequeño Partido Socialista (PSI), a pesar de haber acumulado un poder considerable en sus unidades de partisanos, optaron por colaborar con los partidos burgueses en la fundación del Estado italiano post-fascista, pasando a formar parte de su "arco constitucional". Esta política de reconstrucción de la democracia liberal y del capitalismo moderno, en lugar de impulsar la revolución, se convirtió en un axioma fundamental de la política comunista en la Italia de la posguerra.

Durante este tiempo, la industria italiana se ha modernizado mucho, sobre todo la industria automovilística, liderada por la icónica FIAT. Este proceso fue acompañado por una gran migración interna de jóvenes trabajadores italianos del sur pre-industrial a las ciudades industriales del norte de Italia. Los jóvenes sureños, procedentes de zonas donde los comunistas habían sido reprimidos por una entente entre la mafia, la Democracia Cristiana (DC) y el subdesarrollo económico, no tenían ninguna lealtad a las tradiciones de los trabajadores miembros del PCI y sindicalizados de la vieja clase obrera del norte de Italia. En muchos casos fueron traídos por la dirección de las

empresas con el deliberado propósito de utilizarlos como esquirolas. Esta estrategia se vino abajo y dio lugar a uno de los mayores fiascos en la historia italiana o incluso europea. Carente de una tradición de subordinación a los burócratas sindicales, la nueva generación de trabajadores del sur trajo consigo sus propias tradiciones de resistencia explosiva, lo que llevó, en última instancia, al periodo más intenso y sostenido de lucha de clases en la Europa Occidental de la posguerra.

El hecho de que en este periodo también se produjeron algunas de las más creativas nuevas teorizaciones de la lucha de clases, junto a las propias luchas efectivas, da testimonio del poder creativo de los periodos de agitación social de masas e ilustra la naturaleza asfixiante del comunismo oficial. La generación de jóvenes militantes que se vieron forzados a elegir entre la alianza del PCI con los patrones y la indisciplina salvaje y feroz de los jóvenes trabajadores temporales, iba a articular todo un nuevo universo de teorías y prácticas políticas.

No podemos hacer aquí justicia a este periodo, así que vamos a tratar de elegir uno o dos de los conceptos que nos son más útiles en la elaboración de una teoría de la clase. Varios de los nuevos teóricos, alineados con la resistencia militante de los trabajadores de la década de los 60, agrupados en torno a las revistas *Quaderni Rossi* y *Classe Operaia* fueron denominados *operaisti* [Steve Wright, “Storming Heaven: class composition and struggle in Italian Autonomist Marxism”, Pluto Press, 2002. bit.ly/UhCw7i]. Entre ellos estaban escritores como Raniero Panzieri (cofundador de *Quaderni Rossi*), teóricos como Mario Tronti, fundador de *Classe Operaia*, y un joven Toni Negri, junto a sociólogos radicales como Romano Alquati y Danilo Montaldi, cuya práctica de coinvestigación produjo la mayor parte de la materia prima que alimentó el replanteamiento de la ortodoxia marxista por los *operaisti*.

Lo que me interesa aquí es su teoría

sobre la composición de clase. La composición de clase hacía referencia a dos conceptos distintos pero relacionados, la composición técnica de clase y la composición política, y a dos procesos interrelacionados de descomposición y recomposición. La distinción entre la composición técnica y la composición política de la clase fue tomada, por analogía, a partir de una lectura herética de *El Capital* de Marx. En los volúmenes 1 y 3, Marx habla de la relación en el proceso de producción inmediato entre el trabajo vivo y los materiales inertes de la producción, maquinaria, etc., en términos de composición técnica y composición de valor del capital. En términos generales, la composición técnica se refiere a la organización física del proceso de producción, junto con una medida (conceptual) de la relación en términos de “masas” objetivas de sus componentes relevantes, por ejemplo horas de trabajo comparadas a kilovatios de electricidad, kilos o litros de materias primas y así sucesivamente. La composición de valor es esa relación en términos de precio de coste de los diversos inputs de la producción.

A partir de ahí, por analogía, los *operaisti* distinguieron entre la composición objetiva de la clase obrera y su composición política. En una escala macro, la composición técnica de la clase se refiere a cuántas personas trabajan en la agricultura, la manufactura, el sector público, las tareas domésticas, o, a escala de una empresa, a cuántas personas trabajan en líneas de producción particulares, cuántas en la oficina de diseño, cuántas en transporte, etc. Esto representa la composición técnica de la clase, que cambia de acuerdo a los cambios en los métodos de producción, el aumento de la productividad, etc., junto con los cambios en las distintas cantidades y tipos de productos producidos y distribuidos dentro de una sociedad determinada.

En contraste con la composición técnica, la composición política de la clase se refería al elemento “subjetivo”, esto es, a la conciencia de ser parte de un grupo social

más amplio, la identificación o el antagonismo con sus jefes inmediatos o con grupos de patronos o representantes del Estado en un contexto social más amplio. Además de los elementos puramente subjetivos de creencias, culturas, valores, hábitos y prácticas de resistencia colectiva o individual o prácticas de docilidad, así como elementos de organización, tales como la creación de organizaciones formales o informales por diversos objetivos de clase, ya sean de autodefensa o de ataque.

Sin embargo, la innovación más importante fue la comprensión de cómo estas dos composiciones estaban relacionadas entre sí y de cómo los cambios en cada una inducían cambios en la otra, dando lugar a estrategias de cambio de una de las composiciones para inducir cambios en la otra.

La línea oficial del PCI era que el “desarrollo de las fuerzas productivas”, es decir, la introducción de la mecanización y la automatización en las fábricas, era políticamente neutral y un aumento “objetivo” de la productividad en tanto que bien social, sentando las bases para la futura abundancia socialista. En contraste, los *operaisti* entendieron que la introducción de nueva maquinaria por la patronal fue una estrategia en la lucha de clases. Concretamente, se trataba de un cambio de la composición técnica del proceso inmediato de producción con el fin de romper la composición política de un poder de la clase obrera que buscaba controlar autónomamente y limitar el ritmo de producción en su propio beneficio. Esto quiere decir que los patronos estaban cambiando la composición técnica para descomponer la existente composición política porque ésta estaba resultando un obstáculo para la rentabilidad o, en abstracto, para la autovalorización ilimitada del capital. En respuesta a la descomposición política provocada por estos cambios, el desafío para la clase obrera era la recomposición de una nueva composición política capaz, una vez más, de ejercer un contrapoder en las circunstancias nuevamente transformadas.

Todo esto (y más) fue articulado por los *operaisti* como resultado de sus estudios de las luchas en las fábricas de Fiat, Olivetti y otros centros de trabajo italianos. Pero a medida que la década de los sesenta avanzaba, el bullir de los movimientos y de sus entornos más allá de las puertas de la fábrica, en la sociedad en general, se hizo demasiado grande para ignorarlo. El *baby boom* de la posguerra condujo a un enorme incremento en el número de jóvenes oficialmente clasificados como estudiantes, como parte de una estrategia de enmascaramiento del subempleo juvenil crónico. A menudo, estas personas, formalmente clasificadas como estudiantes, tenían muy poco acceso a clases o conferencias en un sistema de educación superior con recursos muy insuficientes ante el creciente número de jóvenes. En un estado de limbo social y para muchos de grave pobreza, la militancia de los estudiantes planteó un desafío a la estrecha visión de clase *operaisti*, basada en la fábrica. Allí estaban masas de jóvenes en conflicto con el Estado y la sociedad sobre cuestiones básicas económicas y políticas: ¿cómo encajaba su antagonismo en el esquema de la lucha de clases?

Un segundo pero no menos importante desafío al fabrilismo *operaisti* llegó del ascenso del movimiento feminista. Las feministas desafiaron a la invisibilidad del trabajo no remunerado de las mujeres en el hogar y en la reproducción de la fuerza de trabajo de niños y trabajadores. ¿Podía pasarse por alto completamente su trabajo? Si la palabra latina de la que deriva “proletariado” significa literalmente “quienes sirvieron al Estado dotándolo de niños”, ¿cómo podrían esas mujeres, que hicieron eso mismo, ser excluidas de la clase obrera, debido a la falta de un carnet sindical y de un salario semanal? ¿Y si el explotador más tiránico al que se enfrentaban no era un jefe capitalista, sino un marido o novio?

A la vista de estos y otros retos, los *operaisti* recurrieron a algunas de las otras ideas que habían desarrollado en oposición a la teoría del PCI. El comunismo oficial

sostuvo que había que distinguir en el desarrollo capitalista lo que sería el nivel de la empresa individual y el nivel social del capitalismo en su conjunto. Usaron esto para justificar su apoyo a la automatización de la producción en la fábrica, a la que consideraban políticamente neutral (como ya se ha visto), mientras se oponían a la “anarquía de la producción” a nivel social en general. Además, afirmaron que el advenimiento de la planificación social keynesiana, a nivel social, era en realidad una transición gradual a la planificación socialista. En cambio, los *operaisti* rechazaron la idea de que la planificación estatal fuera “no capitalista” o transicional, elaborando una teoría del “Capital Social” [Mario Tronti, “Il piano del capitale”, en *Operai e Capitale*, Turin, 1971, hay una traducción en francés en bit.ly/Ti1kwb], capaz de planificar pero de acuerdo a una racionalidad capitalista.

La noción de “Capital Social” se convirtió en el fundamento de la teoría de las relaciones sociales capitalistas, que extienden sus tentáculos más allá de las puertas de la fábrica y abarcan a toda la sociedad en un proceso de transformación de la sociedad entera en una “fábrica social”. Mientras que ellos habían teorizado previamente como transición del “trabajador cualificado” al “obrero masa” el choque entre la vieja mano de obra, cualificada y sindicalizada en las fábricas, y la nueva no cualificada, a menudo migrantes, colocada en líneas de producción recientemente automatizadas, ahora la “nueva composición” significaba el surgimiento del “trabajador social” como la dominante nueva figura de la clase. El trabajador social abarcaba las nuevas categorías de estudiantes precarios, personas que tenían que apañárselas con algunos subsidios, trabajadores en la economía informal y el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres.

El concepto de composición de clase puede desarrollarse en dos direcciones. Una es la conceptualización de la composición de clase como la búsqueda de un

nuevo sujeto social antagónico, la nueva “figura de clase” en la senda criticada por la FARJ, como vimos anteriormente. Este ha sido el camino recorrido por el *operatismo* desde los primeros días, por ejemplo Toni Negri y sus seguidores, que se han desplazado a través de una sucesión de supuestas figuras de clase, a partir del obrero masa de Tronti y el trabajador social, siguiendo a través del precariado, el cognitariado o el obrero inmaterial hasta la “multitud” de hoy. Una línea similar conduce a Paul Mason a su “networked individual”, que debe mucho al *trabajo inmaterial* de Negri. En ambos casos hay un determinismo tecnológico implícito, oculto en el caso de Negri y admitido abiertamente en Mason. Esto deja atascada la fase de recomposición política de la clase en la formulación original y, en mayor o menor grado, la toma como algo dado por las fuerzas objetivas del desarrollo histórico: el capital, una vez más, produciendo sus propios sepultureros, según la antigua creencia marxista ortodoxa.

La segunda dirección tomada en cuanto a la composición de clase vuelve a subrayar su carácter de proceso, no de “cosa” (nueva composición igualando una nueva heroica figura de clase, etc.). Desde esta perspectiva, la hipótesis de la emergencia semiautomática de la recomposición política comete el utópico error de presuponer lo que se debe lograr. Además, de entrada se descartan todas las nociones de la historia marchando a ciegas hacia un objetivo predestinado. Partiendo de una situación de descomposición de la clase, a través de un cambio en la composición técnica de la producción, como el traslado de la producción a través de las cadenas internacionales de producción derivadas de la globalización, la recomposición política de la clase no se puede dar por sentada. Sigue siendo un objetivo que debe ser activamente articulado, defendido, por el que se lucha políticamente y que se construye organizativamente para hacerle realidad.

Esta segunda posición es la que deno-

mino como *perspectiva de recomposición*, enfatizando más el proceso que el “objeto” de la composición de clase. Hace una generación, la revista Zerowork, vinculada a las corrientes autónomas, definía la recomposición de clase así: “el desbaratamiento de las divisiones impuestas por el capitalismo, la creación de nuevas unidades entre diferentes sectores de clase y una expansión de las fronteras que delimitan el ámbito de la ‘clase obrera’” [Zerowork 1, “Introduction to Zerowork 1”, bit.ly/ShdJOu].

Además, incluso dentro de la perspectiva de recomposición como proceso y proyecto, podemos trazar una línea entre los enfoques instrumentales y prefigurativos. Es decir, podemos definir una óptica específicamente anarquista o libertaria sobre el proyecto de recomposición de clase. Pero ya que la recomposición política de la clase implica necesariamente el plano de la subjetividad, antes de pasar a esa definición debemos tomar en cuenta algunos otros aspectos.

Y sin embargo se mueve

A finales del siglo XIX y comienzos del XX el comentario escrito por Karl Kautsky al Programa de Erfurt del partido socialdemócrata alemán, adoptado en 1891, fue el texto fundacional de lo que llegó a ser conocido como Segunda Internacional o marxismo ortodoxo. Entre otras muchas cosas, quizás una de las grandes ironías de ese texto era su título: “La lucha de clases”. A pesar de este prometedor título, el término “lucha de clases” sólo aparece dos veces en el texto, como título del folleto y de su último capítulo. En general, se resta importancia al papel de la lucha de clases como “motor de la historia”, hasta el punto de quedar casi completamente fuera de juego, más allá de su mera sublimación en la “lucha política”, es decir, en el avance electoral del SDP. Desde este poco prometedor punto de partida, y pasando por las deprecaciones llevadas a cabo por el leninismo y el estalinismo, se originó la “objetivista” visión de un sistema capitalista moviéndose

se a través de la dinámica de sus propias contradicciones abstractas (por ejemplo, “la disminución tendencial a largo plazo de la tasa de ganancia”) sin hacer referencia a la lucha de la clase en sí misma. Contra ese “objetivismo” se rebelaron los *operaisti*. Sin embargo, no fueron los únicos marxistas que trataron de romper con esa visión embrutecedora de la clase obrera como sujeto pasivo de la dinámica capitalista. En Gran Bretaña, los marxistas de la Nueva Izquierda, que rompieron con el Partido Comunista siguiendo la estela de la insurrección húngara de 1956, intentaron rearticular una visión de la clase y de la lucha de clases más histórica y dinámica que los conceptos dogmáticos y fundamentalmente retóricos de los estalinistas. Uno de esos nuevos enfoques que aún hoy conserva frescura y relevancia procede del trabajo de EP Thompson, quien expuso su punto de vista sobre la clase en el prefacio de una de sus más conocidas obras, “The Making of the English Working Class”:

“Por clase entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en lo que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno histórico. No veo la clase como una ‘estructura’, ni siquiera como una ‘categoría’, sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas.

Todavía más, la noción de clase entraña la noción de relación histórica. Como cualquier otra relación, es un proceso fluido que elude el análisis si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento y analizar su estructura. Ni el entramado sociológico mejor engarzado puede darnos una muestra pura de la clase, del mismo modo que no puede darnosla de la deferencia o del amor. La relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real. Además no

podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas en relación la una con la otra. No podemos tener amor sin amantes ni deferencia sin squires ni braceros. Y la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos de (y habitualmente opuestos a) los suyos. La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en que los hombres nacen o en las que entran de manera involuntaria.

La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta lógica en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna ley. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma.

Hoy día existe la tentación, siempre presente, de suponer que la clase es una cosa. No fue tal el sentido que le dio Marx en sus propios escritos de tipo histórico, aunque el error vicia muchos de los recientes escritos 'marxistas'. Se supone que "ella", la clase obrera, tiene una existencia real, que se puede definir de una forma casi matemática: tantos hombres que se encuentran en una determinada relación con los medios de producción. Una vez asumido esto, es posible deducir qué conciencia de clase debería tener 'ella' (pero que raras veces tiene) si fuese debidamente consciente de su

propia posición y de sus intereses reales. Hay una superestructura cultural a través de la cual este reconocimiento empieza a evolucionar de maneras ineficaces. Estos 'atrasos' culturales y esas distorsiones son un fastidio, de modo que es fácil pasar desde ésta a alguna teoría de la sustitución: el partido, la secta o el teórico que desvela la conciencia de clase no tal como es, sino como debería ser" [Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, I, pp. XIII-XIV].

Esta noción de clase como "algo que en realidad sucede" es clave. La clase no se refiere a algo que las personas son, sino a algo que hacen y que a su vez hicieron con ellas.

"Im Anfang war die Tat", "En el principio era la acción", como escribió Goethe (y también Marx) en *Fausto*, inspirado por la lucha del protagonista por traducir la primera línea del Evangelio de Juan, "Al Principio fue el verbo" [bit.ly/QyJN3u]. Esta primacía de la acción sobre el ser es una guía esencial para deshacer la enmarañada red que se teje a menudo en torno al concepto de clase. Por supuesto, el legado de las luchas históricas de clase deja su huella en las creencias, costumbres y prácticas de la clase, en cualquier momento y lugar. Y tales legados retroalimentan a su vez las siguientes iteraciones de luchas y son una parte importante de la composición política histórica de la clase. Pero si entendemos que la clase es un producto de la acción, entonces podemos ver que cualquier intento de construir una noción esencialista de clase está condenada al fracaso. Un proyecto de ese tipo confundiría el producto con su proceso de producción.

Haciendo una analogía con el esquema marxista clásico, en el que el hecho de que el valor aparezca (se realice) en la esfera de la circulación no puede ocultar que se origina en la esfera de la producción. Aunque, en realidad, la relación real entre los momentos de producción y circulación en

la producción de valor es una relación social algo más sutil, puede decirse que el hecho de que la clase aparezca en la esfera de la subjetivación o aculturación no debe ocultar el hecho de que es producida por los procesos activos de la lucha de clases. La clase no se origina en el ámbito de la cultura, de la misma manera que el valor no se origina en la circulación. Pensar lo contrario sería confundir causa y efecto.

En cuanto a la crítica de Thompson a la opinión de que la clase es una cosa con “existencia real” y con “intereses reales” que, dada su existencia al modo de las cosas “se puede definir casi matemáticamente”, encontramos una resonancia entre ella y una formulación muy anterior de esta misma querella, en el marco de la conferencia anarquista de Amsterdam de 1907, en la que se confrontaron el sindicalista revolucionario Pierre Monatte, que representaba la visión proto-ortodoxa de clase (como cosa) y la del veterano revolucionario italiano Errico Malatesta. En respuesta a la sugerencia de Monatte de que el movimiento anarquista debería liquidarse como tendencia organizada políticamente de forma específica y disolverse en la CGT y los demás organismos sindicales revolucionarios de la época, Malatesta replicó, entre otras cosas, que...

“El error básico de Monatte y de todos los sindicalistas revolucionarios, en mi opinión, deriva de una concepción demasiado simplista de la lucha de clases. Es una concepción para la que los intereses económicos de todos los trabajadores, de la clase trabajadora, son iguales, por lo que bastaría que los trabajadores defiendan sus intereses particulares para que así sean defendidos los intereses del conjunto del proletariado contra la patronal. La realidad es muy diferente, en mi opinión. Los trabajadores, al igual que la burguesía, como todos, están sujetos a la ley de competencia universal que se deriva del sistema de la propiedad privada y que sólo se apagará cuando se

apague dicho sistema. Por lo tanto no hay clases, en el propio sentido del término, ya que no hay intereses de clase. Existe competencia y lucha dentro de la ‘clase’ obrera, como las hay en el seno de la burguesía”. [The International Anarchist Congress, Amsterdam, 1907”, p. 52, ed. Maurizio Antonelli, traducción de Nestor McNab, [bit.ly/Y8zZdO].

En esas palabras, la referencia de Malatesta a un “sentido propio del término” entra en resonancia con la “cosa” con existencia e intereses “reales” de la que habla críticamente Thompson. Ambos puntos de vista convergen con la noción *operaista* de recomposición política en tanto que rechazan la objetividad de los intereses. Es decir, rechazan los “intereses de clase” como algo dado, que “se puede definir casi matemáticamente” desde el exterior y a priori del proceso real, desordenado, contingente, de construcción de la unidad dentro del proceso presente e histórico de la lucha de la clase y de su recomposición.

Clase e Identidad

La alteridad es una construcción social. A través de la socialización nos hacemos hombre o mujer, blanco o negro, heterosexual u homosexual, *normal* o de otro tipo. En la construcción social de la alteridad, los dos polos de la relación deben estar presentes de forma explícita. La normalidad define al otro por proyección, tal y como se ha descrito desde la teoría feminista y la teoría queer, o por Edward Said en su crítica del “orientalismo” y por Deleuze y Guattari con su “devenir-otro”. Estos polos mutuamente definitorios de subjetivación se multiplican y proliferan en el ámbito social y se pueden combinar a través de la conjunción.

Pero la clase, como hemos visto, no es una identidad, ni un rol socialmente construido. De ahí que la relación de alteridad se rompa en la línea de clase. No hay contradicción en la conjugación de otredades

cuando una persona se identifica, por ejemplo, como mujer y negra y lesbiana. Entendemos que cada categoría de la alteridad no abarca ni excluye totalmente a las demás, que su conjugación es un proceso de definición de la superposición de estos grupos, que se inscriben dentro del mismo plano social que construye identidades y opresiones particulares a través de la operación de normatividades polarizantes en contraste con las alteridades. Pero cuando tratamos de agregar la clase a la cadena de conjugación, mujer y negra y lesbiana y obrera, algo desentona. Conscientemente o no, se percibe que hay algo en el último término de la conjugación que no encaja con los anteriores. La sociedad no sólo no niega que quien habla es una mujer lesbiana negra, sino que lo afirma antes de que ella hable. Al llamar la atención sobre estas identidades quien habla sólo está reafirmando lo que ya está construido socialmente o impuesto como un hecho, aunque al hablar cuestione el significado de estos hechos sociales o el poder que los construyó. Sin embargo, en relación con la clase no existe tal reconocimiento social. Ante la pregunta de si la clase es un hecho social similar a la feminidad, la negritud o la homosexualidad, sólo hay silencio. Y como Derrida nos ha enseñado, debemos escuchar los silencios porque nos enseñan más que cualquier otra cosa.

Además, en esta etapa también vemos que hay un problema con el proceso de definición de la clase sobre esta base y que, una vez hecha esta conjugación, tenemos que llevarla a cabo retrospectivamente de manera análoga a cualquier otra particular opresión. Dado que la alteridad se define a través de la exclusión y la opresión, a su vez la clase también debería ser así definida. La experiencia de clase se reduce entonces a la exclusión social (el esnobismo y la exclusividad de la “clase media”) y a las opresiones ligadas a la privación económica (la pobreza). Pero reducir la clase a una relación de opresión económica a través de la pobreza es reducir la vida económica a la

esfera privilegiada de la universalidad capitalista, el consumo. En tanto que la clase se reduce a la opresión económica y que ésta se reduce a su vez a la privación relativa de poder adquisitivo en el mercado de bienes de consumo, la clase pierde todo significado en relación a la explotación, la producción de plusvalor, la valorización del capital y, en última instancia, la producción activa de la totalidad de las relaciones sociales. Se convierte en una categoría pasiva, doblemente pasiva cuando tomamos en cuenta, como ya hemos señalado, que no puede ser construida activamente por el sistema dominante. Reducida a ese estatus doblemente pasivo, la categoría de clase se convierte en un mero fantasma en comparación con las identidades activamente producidas por los discursos del poder, quedando condenada, en última instancia, a desaparecer tras un telón de fondo universalista.

Porque, digámoslo claramente, lo universal no admite un otro, un otro a sí mismo, opuesto a los otros particulares que construye en la valorización de las normas correspondientes. No puede ni debe hacerlo, pues lo universal es el plano social en el que todos los particulares se inscriben. Al luchar contra las opresiones específicas de una determinada categoría de alteridad se hacer valer el derecho a la universalidad, al menos en primera instancia, sin que sea un límite predeterminado de estas luchas.

No debemos oponernos a la toma de conciencia estratégica que tiene lugar al contrastar el ideal de iguales derechos humanos para todas las personas con la realidad de las opresiones particulares que burlean tales derechos. Ese es un primer paso natural y necesario. El problema surge si, y sólo si, la composición de un movimiento contra opresiones particulares no logra ir más allá de ese primer paso y sigue quedando limitado al horizonte del universalismo burgués, un horizonte que no cuestiona la separación de lo político y lo económico. El universalismo es la utopía de capital.

La intersección entre dominación y

explotación se despliega como un frente activo en la recomposición de un contrapoder antagónico cuando franjas del movimiento rompen con esos elementos liberales o burgueses decididos a permanecer cómodamente dentro del horizonte burgués y logran vincular las injusticias económicas con opresiones políticas específicas.

La superposición de identidades socialmente construidas no debe confundirse con la intersección del plano de la dominación con el plano de la explotación. La intersección del plano de la explotación con el plano de la dominación describe una línea, la línea de clase. Esa línea de clase atraviesa transversalmente todas las identidades inscritas en el plano de la determinación política, sin excepciones. Sin embargo, no existe ninguna identidad en la que el capital no pueda reclutar agentes que representen sus intereses al otro lado de la línea de clase.

Pero si la línea de clase puede separar identidades particulares construidas en el espacio de subjetivación, la jerarquía que pone algunas identidades por encima de otras necesita encontrar una institucionalización en la composición técnica de la producción social, a fin de reforzar sustancialmente sus divisiones. Dentro de Europa Occidental y EEUU, las revistas orientadas al consumo pueden felicitar a las mujeres por ser herederas de las conquistas de los movimientos feministas de los años sesenta y setenta del siglo XX, pero los salarios de las mujeres siguen siendo, en promedio, un 20% inferiores a los de los hombres por el mismo trabajo. Del mismo modo, el racismo nunca ha coexistido con la igualdad de oportunidades de acceso de los trabajadores blancos y negros a los diversos sectores laborales.

Esta intersección funciona en ambos sentidos. Podemos ver más claramente la contaminación cruzada del plano de la subjetivación con el plano de la explotación si observamos los fenómenos de racialización de la clase o, en particular, de la denominada “subclase” urbana. Por ejemplo, en

Irlanda, un sector minoritario de los residentes en las zonas marginales de los grandes centros urbanos (Dublin, Cork, Limerick) son estigmatizados como “knackers” o cosas similares. Aquí funciona un doble racismo. Por un lado, el uso de epítetos racistas normalmente dirigidos a los nómadas irlandeses niega su existencia como auténtica minoría étnica irlandesa. Por otro lado, los residentes de los suburbios más desfavorecidos son castigados como culturalmente ignorantes, intelectualmente inferiores y sexualmente degenerados en los tropos clásicos del racismo. El resultado de ello es que una parte de la clase obrera urbana está prácticamente obligada a cambiar su vocabulario, ocultar o modificar sus acentos y cambiar su forma de vestir para obtener un empleo en la misma ciudad en la que nacieron y se criaron.

Una búsqueda infructuosa

Los intentos hechos por algunos para crear una categoría unidimensional de “interseccionalidad”, donde identidades y opresiones particulares se cruzarían, y para construir la clase como otra identidad dentro de un plano unificado de opresión, son impulsados por la búsqueda de una categoría universal. Dan por supuesto, por proyección, que los defensores de la particularidad de clase deben igualmente proponerla como categoría universal competidora con la suya. De hecho algunos, los “reduccionistas” de clase, cometen ese error. Sin embargo, la discusión entre “interseccionalistas” y “reduccionistas” sobre qué categoría es la verdaderamente universal es simplemente una polémica dentro del mismo marco, el de la universalidad misma. La propia búsqueda de un universal estructurante de la sociedad intenta crear en el imaginario y en abstracto el propio objetivo final a alcanzar. Es decir, es una utopía, inmersa en el utopismo específico del capital, para el que la sociedad es ya, desde el principio, una esfera de socialidad indivisible.

La clase, entonces, es solamente una categoría parcial. Es el proceso, no el pro-

ducto. La búsqueda de la definición de “una” cultura de la clase trabajadora, singular, es equivocada y utópica. No puede encapsular la totalidad de su ser subjetivo. Todos tenemos que vivir en el ámbito de la subjetivación, con sus polaridades construidas. Nunca podemos ser “simplemente” clase trabajadora. Estamos obligados a ser siempre hombres o mujeres, niños o adultos, que forman parte de la “norma” o, permítaseme la ironía, parte de alguna “minoría”. Como tal, la solidaridad de clase es precisamente lo que nos pone en contacto atravesando las fronteras identitarias. La solidaridad con las personas con las que se comparte una identidad común es simplemente espíritu de clan o tribalismo. Sólo es solidaridad de clase la solidaridad entre quienes no tienen nada en común salvo el reconocimiento de estar en lucha contra el mismo capital globalizado. El intento de postular a la clase como una identidad totalizadora sólo podría ser un obstáculo para el principio de solidaridad que trasciende límites y fronteras, siendo, por tanto, un intento contradictorio en sí mismo.

Clase y medio ambiente

Hemos hablado de cómo el capitalismo es el único orden social que separa, de forma incompleta, las relaciones sociales en una esfera política y otra esfera económica. A esas separaciones se asocian otras, entre lo privado y lo público, entre el Estado y la sociedad civil. Pero hemos hablado poco del fundamento de esa separación: la separación de los productores directos respecto a los medios para producir su propia subsistencia y su existencia social. Es decir, la separación de la mayor parte de la población respecto a la tierra. La transformación de un campesinado en un proletariado. La discusión sobre la forma en que se produjo esta separación fundamental y sobre las formas sociales de propiedad y los medios para sostenerlas (el Estado) corresponde a una discusión más completa sobre capitalismo y comunismo. Pero hay otro aspecto de los resultados de esta separación que es

necesario tratar aquí, el efecto que ha tenido sobre la relación entre la reproducción humana y el medio ambiente.

Nuestra clase es la clase separada, los “desposeídos”, como James Connolly expresó de forma memorable. Nuestra separación es la raíz de la verdadera naturaleza de la sociedad capitalista. En este sentido, la otra clase, la clase capitalista, no existe más que negativamente en relación a nosotros: su propiedad sobre la tierra y los medios de producción no es más que el dispositivo de nuestra separación respecto a ambas cosas, tierra y medios de producción. Además, en la lucha de clases la clase opuesta no se contrapone a nuestras necesidades al servicio de sus propias necesidades, sino más bien como personificaciones del capital. La lucha de clases no es una competencia entre dos grupos de personas, cada uno tratando de imponer sus necesidades sobre las del otro. Más bien, es una lucha entre las necesidades de la clase de desposeídos y los requisitos para la expansión del capital. En este conflicto la otra clase es un mero agente de algo más allá y por encima de ellos, el capital, manifestación social inhumana. Así, su conciencia subjetiva de perseguir sus propios intereses es un epifenómeno adicional. Como ilustrativo experimento mental algo frívolo, podríamos decir que si toda la clase capitalista fuese reemplazada por robots gobernados por una inteligencia artificial que incorporase la función de maximización de beneficios, el sistema capitalista podría continuar funcionando. Sin embargo, si el experimento se hace a la inversa, sustituyendo a la clase obrera por robots, el capitalismo no podría existir ya que no habría nadie para comprar nada, ya que los robots no reciben salarios ni tienen deseos de comprar y consumir cosas diferentes para la reproducción de su propia subjetividad. Con robots produciendo robots, el único límite a la producción de cada “capitalista” sería qué parte de los recursos naturales estaría a disposición de cada uno de ellos. Suponiendo que pudieran llegar a un acuer-

do para repartirse esos recursos pacíficamente (es decir, sin destruirse unos a otros en guerras-robot), no habría ninguna base adicional para la competencia, no habría mercado consumidor y por tanto no habría intercambio y, sobre todo, no habría acumulación de dinero, por lo que el capital habría dejado de existir.

Todo lo cual quiere decir que el capital no nace de los deseos de la clase capitalista, sino de los de la clase desposeída, y su poder activo es el poder alienado de nuestro trabajo y de nuestros deseos.

Entre paréntesis, diré que generalmente hablamos de “la” clase precisamente por esa asimetría fundamental en la lucha de clases, dado que nuestra humanidad es central y constitutiva, mientras que la suya es incidental e irrelevante, y que tenemos el potencial para superar nuestra separación, mientras que ellos sólo pueden reproducirla. El uso del singular, “la” clase, no indica tanto la toma de partido como un reconocimiento a nuestra primacía en términos de agencia histórica y ontología social.

Pero si el capital crece a partir de las necesidades y deseos de la clase desposeída, eso no significa que la pulsión expansiva del capital se reduzca al crecimiento de los deseos humanos de consumo. El deseo humano está limitado, en último término, por nuestra existencia corporal. El “deseo” del capital por valorizarse no tiene límites. Un deseo sin sujeto es un deseo sin objeto. Y un deseo sin objeto nunca puede ser saciado, sólo puede ser la pulsión abstracta de autovalorización ilimitada.

Con el fin de superar el límite potencial que implica la saciabilidad humana, así como para reproducir continuamente su mando, el capitalismo reproduce continuamente una escasez artificial para la masa proletaria mientras que consume recursos de la tierra en volúmenes cada vez más insostenibles. La zanahoria de la superación de la escasez cuelga eternamente delante del proletariado, el horizonte de la tierra prometida en la que sería posible una vida sin miseria y sin precariedad no para

de alejarse de nosotros, manteniéndose siempre fuera de nuestro alcance. Pero la pulsión ilimitada de expansión del capital es infinitamente mayor que la suma de los deseos humanos de la población mundial atrapada dentro de su sistema. De hecho, la tarea de satisfacer las necesidades humanas de alimento, refugio, seguridad y medios de autodesarrollo sigue siendo conciliable con la sostenibilidad de los recursos naturales planetarios, a condición de ser capaces de poner fin a la carrera de crecimiento del capital, que de forma cada vez más acelerada nos conduce a la destrucción.

Si la sostenibilidad del medio ambiente es una “externalidad” del capital, un factor no tenido en cuenta en la ciega monomanía del capital por la autoexpansión, en el pasado la resistencia a la destrucción de la tierra fue parte integrante de la resistencia de los productores directos al capital. Sigue siéndolo hoy en día en muchas partes del mundo, donde los campesinos se resisten al robo de sus tierras para construir represas, destruir sus bosques vírgenes en beneficio de hacendados ganaderos y de la minería a cielo abierto, etc.

Sin embargo, para la mayor parte del proletariado, ya divorciado de la tierra, nuestra separación significa que el medio ambiente también es “externo” a nuestra lucha para satisfacer nuestras propias necesidades contra las depredaciones del capital. Esta “doble externalidad” de la naturaleza para el capital y para el proletariado es la razón principal por la cual la velocidad a la que la sostenibilidad del medio ambiente está siendo socavada parece estar más allá de la capacidad de la sociedad capitalista para frenarla, sin que invertirla pase siquiera por la mente. Debería tomarse en cuenta que el ‘medio ambiente’ es en realidad una forma condensada de referirse al estado específico del entorno que es más beneficioso o sostenible para nuestra existencia. El cambio climático no amenaza en general a la vida en la tierra, en una escala de tiempo geológico, sino a la vida humana y la civilización en nuestro propio tiempo.

El capitalismo nos está costando, literalmente, la Tierra. Rápidamente. Pero la única forma de superar la doble externalidad del medio ambiente es superar nuestra separación respecto a la tierra y a los medios de producción, que es la causa raíz de este impulso autodestructivo.

El mito de la clase media

Mucha tinta se ha vertido y muchos árboles han caído durante décadas en las discusiones sobre la “clase media”. Los partidarios de un modelo basado en dos clases y los partidarios de un modelo basado en tres clases han cruzado argumentos de todo tipo sin echar mucha luz sobre el tema. Ciertamente, “clase media” es una mención constantemente presente en los medios de comunicación capitalistas. En contraste, la “clase trabajadora” rara vez hace acto de presencia, y en las raras ocasiones que lo hace es, por lo general, a modo de comentario sociológico, caracterizando a un barrio o una comunidad como marginada económica y culturalmente. Hablar en esos medios de que puede existir una clase capitalista es prácticamente impensable, salvo en el raro caso de que se informe de las declaraciones de algunos agitadores socialistas. En el discurso de los medios de comunicación, la clase media se presenta como el centro de la sociedad, el principal agente del progreso y de la reforma, abarcador de una gran porción de la sociedad. En el caso extremo de EEUU, a causa de las peculiaridades de su discurso social subliminalmente racializado, la clase media se presenta sistemáticamente, desde el Presidente hacia abajo, como si fuese la gran mayoría de la sociedad. La clase media se presenta como clase universal, no ubicada en una relación de lucha, como si fuese un ancla de paz social, mítico espacio central de la política moderna. La clase media es, entonces, lo opuesto a la “clase peligrosa”, la “clase segura” oficial, en relación a la cual el resto somos desviados, peligrosos y situados “al margen de la sociedad”, o, como diría la FARJ, periféricos.

Desde la perspectiva de la composición de clase, por supuesto, está claro que la clase media no es tanto una clase formada autónomamente sino una faceta de la clase real subyacente, el proletariado. La única constatación inmediatamente evidente de una conciencia de clase media es la alienación subjetiva respecto a la clase obrera, independientemente de la situación social objetiva del sujeto. La clase media es clase en modo “de ser denegado”, usando la extraña, pero concisa, fórmula hegeliana.

En todo esto hay cierto paralelismo con la manera en que los líderes políticos y los medios de comunicación sistémicos estampan sobre la clase media su visto bueno. Se afirma la existencia de la clase media y se niega la existencia de las otras clases. Es la clase sin confrontación, sin lucha de clases, la utopía burguesa de una clase universal, una clase que no participa de una relación de antagonismo entre clases, sino que sostiene una aceptación universal del *statu quo*, respecto al cual sólo se puede ser conformista (“la mayoría silenciosa”) o desviante. Así, la presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, líder del Partido de los Trabajadores (PT), pudo anunciar a los medios de comunicación del mundo que su visión para el desarrollo de Brasil era “transformar a Brasil en una población de clase media [...] Eso queremos, una clase media en Brasil” [Financial Times, entrevista con Dilma Rousseff, Joe Leahy, 2/10/2012, on.ft.com/Qziw0N]. No se podría hacer una declaración más clara de la ideología del desarrollo del nuevo imperio del capital. Particularmente escalofriante, dado que la policía brasileña tiene tendencias, bien documentadas, a llevar a cabo guerras encubiertas de exterminio contra los niños de la calle y los habitantes de las favelas en desempleo. Es de suponer que para la derecha brasileña tanto el PT de Rousseff como la FARJ pertenecen a una genérica “izquierda”, pero desde el punto de vista de clase es difícil encontrar dos tendencias políticas más opuestas.

Tras hacer estas consideraciones de

carácter político-ideológico sobre la popularidad de la clase media entre los comentaristas burgueses, ¿qué decir sobre su popularidad entre una gran parte del proletariado? ¿tiene algún fundamento material en las relaciones de producción social?

En cuanto a la primera pregunta, la respuesta simple y simplista sería que los “proles” tienen mala prensa. Los medios de comunicación sólo identifican a los sujetos de sus noticias como clase obrera en historias de “pobreza porno” o en otros relatos sobre víctimas; además, en la televisión y las películas casi siempre se retrata a protagonistas “normales” con ingresos superiores a los de su audiencia media o, incluso, a lo que correspondería a su ficticio empleo, como podemos ver en “Friends”, donde jóvenes con empleos mediocres viven en enormes apartamentos en Nueva York. Las tramas de los seriales televisivos involucran a sus desafortunadas estrellas “corrientes” en retorcidas marañas personales, sexuales o sociales imaginadas por un grupo de guionistas desesperados... sin que aparezcan los problemas de dinero que continuamente afectan a la vida real de sus audiencias. Tener unos ingresos medios realistas está irremediablemente pasado de moda en telelandia.

Pero no se trata sólo de que los medios de comunicación, la publicidad y la cultura consumista estafan a la gente para que aspire a estilos de vida e imágenes corporales no realistas. Las personas consumen las imágenes y la cultura que eligieron consumir, y a pesar de que sus efectos sobre nosotros pueden ser mayores de lo que queremos admitir, eso no quiere decir que seamos víctimas indefensas de un “lavado de cerebro”. Esa imagen no sólo es elitista e insultante, sino que en realidad reproduce las mismas actitudes que forman parte de la subjetividad de clase media, es decir, una alienación subjetiva respecto a las personas de clase obrera.

Nadie elige voluntariamente perder o identificarse persistentemente como perdedor (a excepción de enfermedades psicoló-

gicas que implican auto-odio). Si ser de la clase obrera se asocia con ser explotado, ser víctima, sufrir inevitablemente humillación y desempoderamiento, la reacción natural en la lucha por la dignidad humana es tratar de escapar de eso. Pero ese mismo deseo de escapar de la clase no es una demostración del final de la clase, sino de su persistente poder en tanto que fuerza operativa. Sólo si la gente acepta su posición de clase con indiferencia genuina y ecuanimidad podemos decir realmente que la clase ha muerto finalmente, como relación con el poder potencial de revolucionar la sociedad. Una vez más volvemos a lo antes dicho: la clase media es clase sólo en tanto que denegación.

Sin embargo, a pesar de que mucha gente aceptará la mayor parte de lo dicho, en la medida que se refiere a las conductas subjetivas que empujan a la clase trabajadora a identificarse con la clase media, algunos arguyen que, en realidad, la clase media realmente existe, aunque no de la forma abiertamente ideológica propuesta por Obama y Rousseff, sino sobre una base material que la distingue tanto de la clase capitalista como de la clase trabajadora. Vamos a examinar esta opinión.

Ciertamente, la clase obrera, siendo la gran mayoría de la población, es extremadamente diversa y diferenciada. No sólo por los efectos jerarquizadores de las identidades expuestas anteriormente, sino a través de diferencias en el acceso a las oportunidades de empleo, educación, etcétera. Hay grandes desigualdades en términos de conocimiento, elocuencia, confianza, autoempoderamiento y demás. Profesionalmente, las personas juegan roles laborales muy diversos. Esta diversidad incluye grandes diferencias en cuanto al grado de control y autonomía sobre el trabajo, o en cuanto a la posibilidad de obtener algo de satisfacción o auto-realización en el trabajo o, por el contrario, sea alienante, desagradable, degradante o una afrenta a nuestra dignidad. Además, dado que la clase capitalista es una muy pequeña proporción de

la población la tarea de supervisar y organizar a los trabajadores es hecha principalmente, al menos en los niveles bajos y medios, por otros trabajadores. Sobre la base de estos dos grandes factores, la autonomía sobre las condiciones del propio trabajo y el control sobre el trabajo de otros, algunos teóricos han construido su argumentación en favor de la existencia de una base material para una tercera clase, situada entre los trabajadores y el capital, pero arraigada en las relaciones de producción. Por ejemplo, los defensores del modelo Parecon de economía participativa dicen que esto es la base de una “clase coordinadora” [“Parecon: Life after Capitalism”, Michael Albert, 2003].

Los orígenes de la clase coordinadora “a lo Parecon” se encuentran en realidad en los debates sobre la naturaleza de la URSS dentro del movimiento trotskista después de la II Guerra Mundial. No quiero entrar demasiado en este perenne debate obsesivo de la izquierda, lo que no quiere decir que no sea un problema significativo. Trazar un balance apropiado de los fracasos en el siglo XX de la izquierda revolucionaria o de los movimientos políticos anticapitalistas es mucho más que un lujo para personas obsesionadas con la historia. La dimensión de este tema concreto puede verse en el excelente libro de Marcel Van der Linden “Western Marxism and the Soviet Union” [bit.ly/XL5r2R]. En todo caso, sí diré que la idea de la clase coordinadora surge de la tendencia que decidió ver como nueva clase a los apparatchiks del partido comunista burocrático dominante en la URSS

Según ellos, esto resolvió un problema específico de la peculiar teoría unilineal de la historia propia entonces de los marxistas ortodoxos, según la cual tras el feudalismo los únicos posibles modos de producción eran el capitalismo y el socialismo. Como la URSS no encajaba fácilmente en una u otra categoría, esto causó una disonancia cognitiva importante entre los desorientados trotskistas. Sin embargo, la teoría de la “nueva clase” aún mantenía el esquema

unilineal al afirmar, sin fundamento, que la nueva sociedad de clases había ido más allá del capitalismo en el monorraíl de la historia. Y, por lo tanto, que la retrasada economía campesina de Rusia, destrozada por la guerra mundial y la guerra civil, se las había arreglado para pasar por encima de las potencias capitalistas de Occidente y convertirse en una visión del futuro, no como un brillante sueño para los trabajadores, sino como pesadilla.

El legado de estas pasadas polémicas continúa ahora a través del concepto de clase coordinadora. Sus defensores todavía mantienen que el verdadero peligro de la clase coordinadora reside en su potencial para tomar el control de una situación revolucionaria y crear después del capitalismo una nueva sociedad de clases, tan tiránica como la Unión Soviética de Stalin o la China de Mao. Y en cierto modo tienen razón, pues el concepto de una tercera clase sólo tiene sentido si se presenta como alternativa tanto al mantenimiento de la sociedad de clases existente (papel histórico de la clase capitalista) como a la abolición del capitalismo y de la sociedad de clases (potencial histórico del proletariado). Si no existe una tercera posibilidad entre ambas opciones, se derrumba la idea de una tercera clase, como clase histórica, “Pasada y Futura”.

Generalmente, esa hostilidad se basa en la idea de que la “clase media” reproduce el estado de cosas existente y se incluye dentro de los defensores institucionales del capitalismo y de su sistema de clase. Así es que la pregunta es: ¿cuál de estos dos escenarios es el correcto?

A pesar de las ocasionales referencias de los defensores de la tesis de la clase coordinadora al uso y comprensión popular del término “clase media”, de hecho ambos enfoques no son compatibles. Mi opinión es que el uso popular es más cercano a la verdad. La denominada *clase media*, mucho más que una visión de un nuevo futuro disutópico, es síntoma de lo que está fallando aquí y ahora.

Cuando a la falta de cualquier rol histórico independiente le sumamos la falta de cualquier relación autónoma bien definida con la apropiación de plusvalor, de modo análogo a las diversas maneras que las diferentes fracciones de la clase capitalista dominante tienen de apropiarse de partes identificables del plusvalor total (los terratenientes, a través de la renta; el capital industrial, a través de la ganancia; el capital financiero, a través del interés), podemos concluir, en resumen, que la clase media, de hecho, no tiene una determinación objetiva en las relaciones de producción existentes.

Ahora bien, hay que preguntarse si el que la clase media no sea una clase propiamente hablada, en el sentido que he definido antes, implica que ese término carezca de cualquier referencia significativa.

Si realmente todos somos igualmente proletarios, ¿todos los proletarios somos realmente iguales? Claramente no. La clase está atravesada por estratificaciones y jerarquías basadas en desigualdades de poder económico y social. La sociedad capitalista es tan jerárquica y autoritaria en la práctica como igualitaria y democrática en teoría. Y, para bien o para mal, hemos sido socializados dentro de la sociedad capitalista. Hasta cierto punto, la mayor parte de nosotros hemos internalizado, conscientemente o no, al menos una parte de las formas, la cultura y la ideología de la sociedad existente. Esto tiene un efecto práctico en cada intento de auto-organización, que, consecuentemente, siempre corre, como primer peligro, el riesgo de recrear las mismas formas y jerarquías que forja la sociedad que forjamos.

El ADN de relaciones capitalistas alienadas está en todos y cada uno de nosotros. Para impedir que el desarrollo de órganos de contrapoder sea simplemente subvertido y recuperado convirtiéndoles en nuevos apéndices del poder establecido, se requiere un esfuerzo consciente para quebrantar la simetría, para romper la interminable cadena reproductora de “más de lo mis-

mo”. Esto quiere decir que el trabajo de recomposición política, de construir órganos de contrapoder, debe ser prefigurativo, para evitar reproducir no sólo la exclusión de identidades construidas como “otras”, sino también la tiranía de los expertos, la dominación de los bocazas y de todos aquellos que utilizan la desigualdad de conocimiento o experiencia para marginar al resto de la clase. No es casualidad que ellos denominen “capital humano” a esas habilidades.

Pero debemos tener claro que esto no es diferente, en grado o calidad, de la necesidad de actuar contra todos los elementos de descomposición que mantienen a nuestra clase dividida y estructurada por las necesidades del capital en vez de por las nuestras.

Aunque la “clase media” no tiene ninguna de las determinaciones objetivas que podrían hacer de ella una clase real o pudieran transformar la lucha de clases en una pelea entre tres vías, sí tiene una realidad significativa en la esfera de la subjetivación, lo que cualquier intento de organizarnos prefigurativamente y de modo horizontal debe reconocer y desafiar. Pero tenemos que recordar que, vista en su raíz, la clase es algo que las personas hacen, no algo que las personas son, lo que es un cuchillo de dos filos.

Por un lado, la auto-identificación política con la clase y la renuncia a una auto-identificación como clase media no ayuda a mitigar los efectos destructivos del mantenimiento de conductas propias de las fracciones más empoderadas de la clase, entrenada y socializada para roles de control o dirección social sobre otros. Pero, por otro lado, el recurso a políticas esencialistas de “privilegio” o culpabilidad no puede jugar ningún papel productivo en la creación de espacios verdaderamente horizontales y de prácticas de cooperación. Como Foucault puso de relieve, el poder no es un objeto similar a un cetro que pueda ser tomado o poseído (en particular de forma no pasiva), sino que sólo es operativo en tanto que se ejercita.

Un proyecto libertario de recomposición

Una vez tomada en consideración la intersección entre clase e identidad, podemos volver a la tarea de esbozar una perspectiva libertaria de la recomposición de clase.

El primer reto para la prefiguración es no recrear inconscientemente, en el proceso de crear las formas culturales y organizativas del poder de clase y de la autonomía, las “descompositivas” jerarquías de identidad y exclusión que empapan la sociedad que nos rodea. Es decir, debemos intentar incluir a las mujeres, las personas de color y a otras personas dentro de nuestras organizaciones porque eso refleja la sociedad que queremos crear, no por la consideración instrumental de que la mayoría de nuestra clase está excluida de la norma de trabajador blanco, no transgénero, hetero, varón, fuerte y sano, en edad laboral.

Cuando hablamos de un proyecto de recomposición de clase, necesitamos tener cuidado en no repetir los errores del pasado. En particular, los cometidos a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX por los socialistas que construyeron una identidad de clase por una vía unilateralmente economicista, que veía a la clase desde la perspectiva del capital, es decir, que la veía formada sólo por los poseedores de “fuerza de trabajo”, como “mano de obra” o simplemente como “meros trabajadores”. A pesar de que en el último tramo del siglo XX el movimiento socialista trató de rescatar la identidad de “trabajador” como una identidad positiva, incluso heroica (el trabajador bueno frente al capitalista malo), eso no era más que un simple intento de inversión de la trama capitalista en la que la clase explotada es considerada meramente como trabajadora. Como Mario Tronti resumió claramente ya en los años sesenta: *“Los trabajadores no tienen tiempo para la dignidad del trabajo. El ‘orgullo del productor’ se lo dejan enteramente al jefe. Ciertamente, ahora sólo el jefe declama discursos funerarios en alabanza del trabajo. Es verdad que, desgraciada-*

mente, en el movimiento organizado de la clase obrera aún se escucha esta letanía tradicional, pero no procede de la clase obrera, en la que ya no queda espacio para la ideología”.

Hoy necesitamos comprendernos a nosotros mismos desde una perspectiva no-unilateral, sino multilateral, polifacética. Una perspectiva que no parta del ciclo de la reproducción de capital, sino del ciclo de nuestra reproducción como seres humanos sociales. En ese sentido, dondequiera haya enfrentamiento entre las necesidades materiales y sociales directas de personas y la pulsión por la acumulación de ganancias, hay una lucha de clases en potencia. Por supuesto, para pasar de la potencia a los hechos hace falta que las personas veamos el terreno común entre nuestras necesidades individuales y las de quienes se encuentran en la misma situación de conflicto con el sistema. Y esto no será producto automático de misteriosas “fuerzas históricas” sino una tarea práctica de organización.

Aunque el trabajo asalariado es una parte clave del conflicto de clase, no abarca, ni mucho menos, la totalidad de las relaciones de clase. El enfrentamiento entre la pulsión expansiva del capital y el ciclo de auto-reproducción humana puede plasmarse en confrontaciones en torno a la denominada “acumulación primitiva”, esto es, la expulsión de su tierra de los pueblos tradicionales con economías de subsistencia, como continúa ocurriendo hoy en la cuenca amazónica y en los bosques de India y de muchos otros lugares del mundo. Incluye también las luchas por la tierra de campesinos sin tierra, las luchas de habitantes de los suburbios contra los promotores que tratan de expulsarles de sus casas para impulsar nuevas promociones, las luchas de las mujeres al frente de familias monoparentales que en Europa Occidental exigen a los ayuntamientos guarderías e instalaciones decentes para dar a las criaturas opciones diferentes al robo de coches y al tráfico de drogas

Conclusión

La línea de clase sigue siendo la falla de San Andrés de la sociedad capitalista. Sigue siendo la única falla con el poder suficiente como para crear una ruptura lo suficientemente fuerte como para derribar el entero edificio del orden social capitalista. Esto es hoy tan verdadero como lo era al comienzo de la sociedad capitalista de clase. En respuesta a la pregunta planteada al principio de este artículo, ¿es la clase todavía una herramienta útil para el proyecto de transformación social?, debemos concluir que no sólo es útil sino también necesaria.

En términos sencillos, el proyecto de acabar con el capitalismo con el consentimiento y la participación de la inmensa mayoría de sociedad seguirá siendo una quimera mientras que la mayoría de la gente no perciba que sus intereses materiales están de algún modo, y desde sus fundamentos, en conflicto con la mecánica básica del capitalismo. Parafraseando la broma de Voltaire acerca de la necesidad de inventar a dios, podemos decir que, precisamente porque la clase existe realmente, hay que reinventarla continuamente. Hoy, en el siglo XXI, el proyecto de la recomposición de un contrapoder antagónico de clase que no sólo pueda resistir al capital sino que actúe para su destrucción sigue siendo tan vital como siempre.